

pagar su servicio y su gloria! ¡Cuántas octavas fundadas para publicar sus alabanzas! ¡Cuántas personas unidas en ella de corazón y afecto para darla á conocer y hacerla amar, si es posible, de todo el mundo! ¡Cuántos libros publicados y cuántos arbitrios discurridos diariamente para este mismo efecto!

*Parece que todo el empeño de Dios es honrar á su madre.*

IX. ¿Qué mas se quiere que diga yo, cuando parece que Dios se olvida en cierto modo de sí mismo para hacer honrar á esta señora de todas las maneras imaginables, cuando le envia todos los que recurren á su majestad, cuando quiere que todo pase por sus manos, cuando se fia de ella en todo y le da toda potestad y autoridad en su reino sin disponer él de cosa ninguna á no saberlo y consentirlo ella? ¿Qué mas se quiere que diga yo, cuando ella puede todo lo que quiere y lo ordena todo como le parece bien, así en la tierra como en el cielo? Pero basta esto en atención á que solo ha de servir de muestra: las pruebas se darán con extensión en los tratados y discursos siguientes.

### DUODÉCIMA ESTRELLA

**ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.**

### CAPITULO XIII.

QUE ES EL HONOR DE LA TIERRA Y DEL CIELO.

Así como Dios contentó su espíritu al estampar en cada criatura algun vestigio de sus infinitas perfeccio-

nes, así parece que se complació en grabar en la mayor parte de las obras de la naturaleza alguna señal de las excelencias y grandezas de la bienaventurada virgen María. Esta consideracion hace el sutil Hugo de S. Víctor cuando dice que ella es el alba del día por hacer el oficio de precursora del verdadero sol de justicia; que es una flor por su hermosura, un panal de miel por su dulzura, una violeta por su humildad, una rosa por su caridad, una azucena por su pureza, una vid por la abundancia de sus frutos, un perfume por el olor de sus virtudes, un castillo por su seguridad, una torre por su fortaleza, un baluarte por su firmeza, una columna por su rectitud; que es esposa por su lealtad, amiga por su cariño, madre por su fecundidad, virgen por su integridad, señora por su poder, reina por su majestad; que es una oveja por su inocencia, una paloma por su simplicidad, una tórtola por su castidad, una nube por su proteccion, una estrella por la direccion de sus santas obras, una luna por sus adelantamientos, un sol por la consumacion de sus gracias, en una palabra un paraíso celestial por la plenitud de toda suerte de bienes. Esto me da motivo para llamarla el honor de la tierra y del cielo y me convida á escoger una docena de los simbolos mas singulares, de sus eminentes calidades para hacer ver que no hay nada tan relevante entre las criaturas, que no haya servido y sirva para realzarla. Parece que no puedo concluir mas convenientemente el discurso de sus grandezas de excelencia.

§. I.—Que la Virgen santísima es la flor de las simples criaturas.

*Diversas flores comparadas con la virgen María.*

I. Decia el naturalista Plinio que las flores son la risa de la naturaleza cuando está en sus alegres pen-

samientos, las recreaciones del ingenio de la misma naturaleza, la alfombra sin artificio, el honor de las plantas, la gloria de la tierra, el atractivo de todos nuestros sentidos y las agradables producciones de la estación mas apacible del año. En una palabra son una cosa tan bella y que nos encanta tanto, que ordinariamente llamamos flor á aquello que embelesa nuestra alma y arrebató nuestro afecto. En este sentido llama el Salvador á su bienaventurada madre segun las revelaciones de santa Brigida la bella flor del jardín, que excede á todas las otras en lozania, fragancia y virtud. En este sentido la llama el devoto Hesiquio el rico ornamento de nuestra naturaleza y la gloria de nuestra tierra (1), y S. Juan Damasceno afirma que es la hermosura primitiva de las criaturas, el honor del linaje de Adam y la primicia de nuestro terreno (2). En este sentido S. Cirilo de Alejandria arengando al concilio de Efeso la calificaba de belleza y maravilla del universo, y S. Epifanio decia que habia llenado el mundo de las flores mas exquisitas del paraíso (3). En este sentido la llamaba la raíz y el principio de toda la gloria que nuestro linaje posee (4); lo cual ha de entenderse siempre con y despues de su amado hijo. Para penetrar esta verdad figurémonos la diferencia que hay de la tierra cuando está llena de barrizales ó cubierta de zarzas y espinas, á cuando está sembrada de flores y adornada de la hermosa alfombra que la primavera le labra todos los años; y estemos seguros que no hay menos desproporción entre la naturaleza humana en el estado que tenia antes de nacer la Virgen, y la misma naturaleza despues que la tierra brotó esa flor lo-

(1) Orat. 2 de S. Deipar. (3) Orat. de S. Deipar.  
 (2) Orat. 4 et. 2 de nativ. B. V. (4) Ibid.

zana, de donde salió el fruto esperado y deseado de todas las naciones.

*La violeta.*

II. Tal vez deseará saber el lector qué flor es esta, si es una azucena ó una rosa, un clavel ó una violeta, en una palabra de qué especie y naturaleza es. Apenas puedo decirle otra cosa sino que es la flor mas hermosa de todas, la flor de las flores, la reina y la maravilla de las flores. No carece de dificultad afirmar que sea un tulipan, un amaranto ó un narciso, porque en materia de flores casi son tan diferentes los gustos como ellas. Quién dice con Esdras que la azucena es sola en el mundo: quién da con Píndaro el premio á la rosa: quién dice que no hay nada igual al clavel; y es sabido que en los años pasados la novedad daba tanto mérito al tulipan, que se compraba mas que á peso de oro. Digo pues mas acertadamente que María es á un tiempo azucena, rosa, clavel, violeta, tulipan, anémona y jacinto, y que contiene en sí la hermosura, el aroma y las propiedades de todas las flores del mundo. Este será el verdadero medio de conciliar todas las opiniones y acercarse mas á la verdad. Si digo que es una violeta, sigo á Hugo de S. Víctor, el cual halla en la Virgen todo lo que puede hacer recomendable la violeta, porque si esta es fria por naturaleza y de consiguiente se emplea contra las enfermedades ardientes que nos molestan, María no solo estuvo exenta del fuego importuno de la concupiscencia, sino que además tiene en sí la virtud de moderarle y hasta de extinguirle enteramente cuando se usa para medicina. Si la violeta tiene un color mezclado de verde y púrpura; la Virgen fué señalada en la esperanza y no menos notable por el poder que tuvo sobre toda especie de vicios. Si la violeta tiene un olor suave é inocente; el

aroma de las virtudes de la Virgen posee la propiedad de ganar los corazones sin herirlos. Si la violeta baja naturalmente la cabeza y busca siempre la tierra; la Virgen arrebató el cielo y al rey de él por su humildad, llamándose sierva cuando se trata de hacerla esposa y madre de Dios y de consiguiente señora del universo.

*La rosa. La espadilla.*

III. Si sostengo que es una rosa, el mismo Hugo de S. Victor me suministrará una bellísima consideración, fundada en las singularidades de esta flor, y además sabré por el ángel que instruía á santa Brígida, que así como la rosa no deja de abrirse y ostentar su color de púrpura, no obstante que las espinas de alrededor crecen siempre con ella; de la misma manera las espinas de las tribulaciones y aflicciones no pudieron impedir que el corazón de la Virgen santísima se dilatara por medio de una grandísima resignación y perfectísima conformidad con todas las disposiciones de Dios. Si afirmo que es una espadilla, lo hago con la virgen y mártir santa Inés, quien enseñó este secreto á santa Brígida, diciéndole que á la manera que aquella flor es la mas alta y ancha de todas, así la virgen María se aventaja á todas las criaturas en mérito, poder y dignidad y extiende sus hojas desde Nazaret hasta el monte Libano; es decir, que abraza los dos pueblos de que se compone la iglesia, y los tiene bajo de su dulce protección y su incomparable misericordia. Así como la espadilla tiene dos puntas, así la Virgen fue continuamente atormentada en el cuerpo y en el alma. Finalmente así como las extremidades de la espadilla son muy tiernas y delicadas, así la Virgen tuvo la voluntad extraordinariamente dócil á todos los impulsos de la voluntad de Dios.

*La azucena.*

IV. Si la llamo una azucena, no será sin razón. Tendré por fiador de mi dicho á S. Epifanio, quien la llama la azucena inmaculada, que llevó á la rosa que no se marchita jamás, es decir, á nuestro salvador y redentor Jesucristo (1). Me apoyaré en el testimonio de S. Buenaventura (2) y otros muchos doctores, que la comparan á la azucena con respecto á su virginidad, y hallan todas las semejanzas apetecibles en cuanto á la raíz y el tronco, las hojas, los filamentos de plata, los botones de oro y todo lo demás de esta bella flor, honor de los valles y gloria de los jardines, á quien alabó el Salvador diciendo que ni Salomón con toda su magnificencia está mas engalanado que ella. En una palabra autorizaré mi dicho con lo que sucedió al bienaventurado Fr. Gil, compañero de S. Francisco, que habiendo encontrado á cierto religioso que dudaba de la virginidad de María, inflamado en zelo golpeó la tierra con su báculo y dijo con calor: Hermano, la madre de Dios es virgen antes del parto; y al instante salió una hermosa azucena del mismo sitio que habia golpeado. Golpeó segunda vez y añadió: La madre de Dios es virgen en el parto; y salió otra azucena. Por último dió tercer golpe y dijo: La madre de Dios es virgen despues del parto; y la tierra produjo otra azucena para honrar con este número de perfecciones la inimitable pureza de la reina de los ángeles.

*Una admirable especie de flor.*

V. Pero no encuentro nada parecido en materia de flores á la que vió santa Brígida, segun leemos en el li-

(1) Serm. de S. Deipara.

(2) Specul. B. Virg., cap. 10.

bro primero de sus revelaciones, donde el Salvador habla de esta suerte á su gloriosa madre: Madre mia, te asemejas á cierta flor que creció en un valle situado en medio de cinco montañas elevadas. Tenia tres raices que remataban todas en un solo tallo, y era muy derecha y sin nudos. De aquel tallo salian cinco hojas que despedian una increíble suavidad. Lo mas maravilloso de esta flor era que á medida que crecia, se levantaba tambien el valle; de manera que al fin sobrepujó los montes de alrededor, y las hojas subieron mas altas que el cielo. Dicho esto, comenzó el Salvador á explicar el misterio comprendido bajo de esta figura, añadiendo: Mi muy amada madre, tú eres el valle de que hablo, por tu profundísima humildad, que no tendrá jamás igual. Tú te elevaste sobre cinco montañas, es decir, sobre las almas mas eminentes de la ley antigua. Moisés fue verdaderamente un monte elevado por el poder absoluto que le di sobre mi pueblo, lo mismo que si le hubiera tenido cerrado en su mano; pero tú llevaste dentro de tu seno al Señor de la ley y al criador de todos los pueblos. ¿No habrá de confesarse que te elevaste indeciblemente sobre Moisés? Elías fue otro monte á causa de su santidad, por la cual mereció ser transportado á un lugar separado de la comun habitacion de los hombres; pero habiendo sido tú ensalzada sobre los coros de los ángeles hasta el trono de Dios, es preciso decir que sobrepujas indeciblemente á Elías. Sanson fue otro monte por su fortaleza, aunque le venció Satanás, mostrándose en esto mas fuerte que él; pero teniendo tú á tus pies el que derribó al valeroso Sanson, necesariamente has de ser mas alta en comparacion de él. Los dos últimos montes fueron David y Salomon: David, monte de perfeccion por haber sido segun mi corazon, aunque despues cayó en pecado: Salomon, monte de sabiduria; sin embargo fue vencido por el loco amor; pero tú firme y elevada sobre toda altura no caiste, ni te apartaste de mi

santa voluntad. Ese valle de tu profundísima humildad produjo tres raices, que son tres virtudes inviolablemente guardadas por ti, la obediencia, la caridad y la devocion. De esas tres raices salió un tallo extraordinariamente derecho y sin ningun nudo, que no es otro que la recta intencion que tuviste toda tu vida de agradarme. Las cinco hojas que se elevan sobre el empíreo y aun sobre todos los coros angélicos, son tu singular honestidad, superior á la de los ángeles, tu misericordia, que compadece cordialmente todas las miserias de los hombres, tu benignidad, que recibe á cuantos se acercan á ti, tu hermosura, que parece un conjunto de todas las hermosuras criadas, y la complacencia que tuviste únicamente en mí con desprecio de todos los otros gustos y satisfacciones.

VI. ¡Oh qué contento seria pertenecer al número de las misteriosas abejas de que habla la misma santa Brígida con otro motivo, las cuales revolotean continuamente en torno de esa flor admirable, hallando siempre dulce jugo que chupar! ¡Oh qué miel y qué composicion celestial forman esas buenas almas con los licores del paraíso que van cogiendo y reuniendo! ¡Oh qué mudanzas es necesario que se vean en los corazones alimentados de continuo con esta celestial ambrosia! Yo por mi parte dejo gustosísimo todas las otras delicias y suavidades que los hombres van buscando neciamente entre las criaturas perecederas, por una sola gota de las que se hallan en esta flor incomparable, que despues de Dios es el honor y la dulzura de la tierra y del cielo.

S. II.—Que es la perla de las buenas almas y la piedra preciosa inestimable.

I. Discurriendo acerca de las piedras preciosas el sábio naturalista ya citado afirma que en nada es mas admirable la naturaleza que en esto, ya se atiende á la muchedumbre y variedad de piedras, ya á la diversidad de